



Los milagros de Jesús



La importancia de tocar y sentir

Estamos ante lo que podríamos llamar un “milagro menor”.

Hace unos meses en un hospital español a una persona le trasplantaron las dos manos y parece que va recuperando la sensibilidad. Lo que en poco tiempo será común en la medicina era sorprendente hace dos mil años.

El evangelio dice que Jesús devuelve la sensibilidad a alguien que tenía el brazo paralizado.

No se trataba de “adelantarse” a la medicina... era un signo de la importancia de la sensibilidad, dentro del contexto de una disputa con los fariseos y herodianos más amplia.

Mejor vamos por partes.

La Palabra de Dios

En este caso es Marcos quien nos relata el milagro:

En aquel tiempo entró Jesús otra vez en la sinagoga y había allí un hombre con parálisis en un brazo. Estaban al acecho, para ver si lo curaba en sábado y acusarlo.

Jesús le dijo al que tenía la parálisis: "Levántate y ponte ahí en medio".

Y a ellos les preguntó: "¿Qué está permitido en sábado?, ¿hacer lo bueno o lo malo?, ¿salvarle la vida a un hombre o dejarlo morir?".

Se quedaron callados.

Echando en torno una mirada de ira y dolorido de su obstinación, le dijo al hombre: "Extiende el brazo". Lo extendió y quedó restablecido.

En cuanto salieron de la sinagoga, los fariseos se pusieron a planear con los herodianos el modo de acabar con él.

(Mc 3, 1-6)



EL PROBLEMA DE FONDO

Lo que en fondo está planteando Marcos es ¿hasta dónde llegaba la ley que prohibía a los judíos realizar cualquier actividad en sábado? Era el día sagrado de descanso. Para muchos era la ley más importante que había que cumplir.

El descanso, sin duda querido por Dios, se había convertido en más importante que hacer el bien, incluso en más importante que la vida de una persona.

Marcos tiene buen cuidado en manifestarnos los sentimientos de Jesús, sentimientos poco comunes en él: siente ira y siente dolor por la mentali-

dad cerrada y legalista de sus paisanos.

Para él la vida de cualquier persona está por encima de todo. Y esa convicción le lleva a poner en peligro su propia vida.

Fariseos y herodianos, que estaban enfrentados y no se hablaban, se ponen de acuerdo para acabar con él. Pone en peligro la autoridad y el poder que ambos grupos tienen sobre el pueblo.

Y en medio de ese enfrentamiento un signo aparentemente poco importante: devolver a alguien la capacidad de utilizar su mano.



El valor de la sensibilidad

¡Cuántas veces hemos escuchado decirles a los niños (varones): “los hombres no lloran”!

Manifestar nuestros sentimientos se sigue considerando, en una sociedad racional y machista como la nuestra, un signo de debilidad.

Es algo reservado a las mujeres (consideradas inferiores).

¡Cuánto han perdido los varones con esta mentalidad! La sensibilidad, la capacidad de acariciar al otro, el contacto de las pieles y de los sentimientos es lo que nos permite entrar en comunión con los demás.

Sólo si alguien quiere aparecer como superior a los demás se niega a ese contacto. Podrá creerse dueño o pensar que posee al otro, pero nunca entrará en comunión.

¡Cuánto hemos perdido con esa mentalidad en nuestro encuentro con Dios!

Es verdad que el Antiguo Testamento aparece una imagen legalista y lejana de Dios. Pero en los profetas y en muchos libros de la Biblia aparece la imagen de un Dios que es pura ternura, sensibilidad, cariño y es esta última que Jesús retoma al explicarnos quién es Dios.

Un simple ejemplo: “¿Acaso olvida una mujer a su niño de pecho, sin compadecerse del hijo de sus entrañas? Pues aunque esas llegasen a olvidar, yo no te olvido. En las palmas de mis manos te tengo tatuada” (Is 49, 15-16); “seréis alimentados, en brazos seréis llevados y sobre las rodillas seréis acariciados. Como uno a quien su madre consuela, así yo os consolaré” (Is 66, 12-13)



Estrellas de mar



Hace años, en una puesta de sol, un turista iba caminando por una desierta playa caribeña. Mientras andaba empezó a ver que, en la distancia, otro hombre se acercaba. A medida que avanzaba, advirtió que era un nativo y que iba inclinándose para recoger algo que luego arrojaba al agua. Una y otra vez arrojaba con fuerza esas cosas al océano.

Al aproximarse más observó que el hombre estaba recogiendo estrellas de mar que la marea había dejado en la playa y que, una por una, volvía a arrojar al agua.

Intrigado, el paseante se aproximó al hombre para saludarlo:

-Buenas tardes, amigo. Venía preguntándome qué es lo que hace.

-Estoy devolviendo estrellas de mar al océano. Ahora la marea está baja y ha dejado sobre la playa todas estas estrellas de mar. Si yo no las devuelvo al mar, se morirán por falta de oxígeno.

-Ya entiendo -replicó el turista-, pero sobre esta playa debe de haber miles de estrellas de mar. Son demasiadas, simplemente. Y lo más probable es que esto esté sucediendo en centenares de playas a lo largo de esta costa. ¿No se da cuenta de que es imposible que lo que usted puede hacer sea de verdad importante?

El nativo sonrió, se inclinó a recoger otra estrella de mar y, mientras volvía a arrojarla al mar, contestó:

-¡Para ésta sí que es importante!



Hacia una sensibilidad equilibrada

Hablar de una sensibilidad equilibrada que nos haga más humanos no es fácil.

Hay personas que se sienten heridas ante la más leve observación: son personas inseguras y por tanto hipersensibles.

En el extremo contrario están las personas egoístas, que no ven más allá de sí mismas: son personas insensibles que se empobrecen a sí mismas.

Es importante no perder de vista que la sensibilidad no tiene sólo una dimensión física, la sensibilidad es también una cualidad de la mente y del corazón. Implica toda nuestra persona.

La sensibilidad exige una doble actitud: atención y respuesta. Y tiene también una doble dirección: estar atentos y responder a nuestras propias necesidades personales y estar atentos y responder a las necesidades de los demás.

Encontrar el equilibrio es una larga tarea donde debemos evitar el complejo de “mártir” y el caer en la baja auto-estima. Y perder el miedo a enfrentarnos con nuestra verdad y la verdad de los otros.



Para trabajar personalmente y en grupo

Una cierta comprensión equivocada de la religión ha llevado a muchos a pensar que debían renunciar a su sensibilidad. Como si Dios fuera enemigo de nuestra humanidad.

- ✓ ¿Cómo vivo mi sensibilidad? ¿Qué espacio les doy a mis necesidades y a las de los otros de otros?
- ✓ ¿Tiendo a caer en la hipersensibilidad o en la indiferencia insensible? ¿Cómo busco el equilibrio?
- ✓ ¿Qué reacciones provoca en mí el sufrimiento ajeno? ¿Hasta qué punto me muevo por el miedo al otro?